

Ocho décadas de «cuestión kurda» (1923-2003): Un foco de tensión en el Medio y Próximo Oriente

Guillermo Á. PÉREZ SÁNCHEZ

Universidad de Valladolid

RESUMEN

Frustrado un primer intento panislámico con la desaparición del Imperio Otomano, a partir de los años de entreguerras y, sobre todo, después de la Segunda Guerra Mundial el Oriente Medio y Próximo ha vivido en permanente conflicto. Uno de estos conflictos ha estado alimentado durante las últimas ocho décadas por la pervivencia de la «cuestión Kurda».

ABSTRACT

As a result of the unsuccessful attempt at Panislamism which followed the fall of the Ottoman Empire, the Near and Middle East has been an area of permanent conflict ever since the interwar years and even more so after the end of the Second World War. One of the issues of contention over the last eighty years is directly related to the persistence of the so-called «Kurd question».

SUMARIO Presentación. Los orígenes de la «cuestión kurda». La «cuestión kurda» en la época de entreguerras. La «cuestión kurda» después de la Segunda Guerra Mundial. A modo de conclusión provisional.

PALABRAS CLAVE

Islam,
Imperio
Otomano,
Oriente
Medio,
Kurdistán,
Kurdos,
Asimilación,
Derechos
Humanos.

KEY WORDS

Islam,
Ottoman
Empire,
Middle East,
Kurdistan,
Kurds,
Assimilation,
Human
Rights.

*Al Profesor José U. Martínez Carreras,
impulsor de los estudios sobre el mundo extraeuropeo,
con admiración y agradecimiento.*

Presentación

El sector suroccidental de Asia lo forman los países del Medio y Próximo Oriente, del occidente del *Machrek* a Afganistán y de la península Arábiga a Turquía (con excepción de los países de Asia Central de la antigua Unión Soviética, que sólo después de la desintegración de la URSS a finales de 1991 pueden ser integrados en una nueva entidad geopolítica): un conjunto de pueblos cuyo punto de referencia esencial lo constituye la civilización islámica. Sin embargo, la huella dejada por el colonialismo y el posterior desenlace del proceso descolonizador ha marcado de forma indeleble su pasado reciente, aunque no uniformemente. Frustrado un primer intento panislámico con la desaparición del Imperio Otomano, a partir de los años de entreguerras y, sobre todo, después de la Segunda Guerra Mundial esta parte de Asia ha vivido en permanente conflicto: en el Medio Oriente debido, en especial desde el giro de los años setenta, al fundamentalismo iraní o a la crisis afgana; en el Próximo Oriente, por su parte, debido al secular enfrentamiento árabe-israelí o por los nuevos focos de tensión y enfrentamientos creados por la política panárabe y expansionista del régimen iraquí; y finalmente, tanto en el Medio como en el Próximo Oriente, por la pervivencia durante las últimas ocho décadas de la «cuestión Kurda».

Los orígenes de la «cuestión kurda»

El Kurdistán es una región montañosa de Asia, situada en lo que geopolíticamente se denomina el Medio y Próximo Oriente. Los primeros pobladores de la zona fueron tribus indoeuropeas, a las cuales con el paso del tiempo se añadieron otros pueblos, y desde el siglo VII todos ellos se integraron en la civilización del Islam, mayoritariamente en su acepción sunnita. Fue a partir de los siglos XII y XIII, con motivo de las invasiones mongolas, cuando la población se vio obligada a instalarse en las zonas más agrestes del Kurdistán. Así, la esencia de lo kurdo puede encontrarse con toda seguridad en las montañas: «Desde el golfo de Iskhenderum, en el extremo nordeste del Mediterráneo, hasta la región donde las estribaciones de los montes Zagros besan el golfo Pérsico, una sucesión de macizos montañosos, con alturas que van de los dos mil a los cinco mil metros —monte Ararat—, forman el espacio pobla-

do por las tribus kurdas a lo largo de los siglos»¹. Quizá por ello, en ningún momento las distintas tribus kurdas fueron capaces de poner en marcha un proyecto unificador que con el tiempo impulsara la creación de un Estado-nación común. De esta forma, la tribu para los pobladores del Kurdistán puede ser considerada como una especie de «proto-Estado y asegura las funciones de producción y de gestión, el orden interno y la seguridad exterior. Una tribu está formada generalmente por varios clanes reunidos, pero puede también no ser más que un clan muy extenso, y la distinción no resulta evidente»².

Desde principios del siglo XVI, debido a la decadencia persa, la mayor parte del territorio del Kurdistán y de la población kurda pasaron a depender del Imperio Otomano. A partir de este momento, las tribus kurdas formaron las llamadas «marcas orientales» del Imperio; sin embargo, su asimilación administrativa y aculturación dentro de las estructuras sociales de la Sublime Puerta fracasó. Pero la división entre los kurdos siguió inalterable hasta prácticamente nuestros días, tanto por la oposición secular entre clanes tribales fruto de enfrentamientos fratricidas, como por la forzosa dispersión de los asentamientos impuesta por la geografía, así como por la desigual configuración social o cultural de la población, como lo demuestra, por ejemplo, las distintas variables idiomáticas que se dan en el Kurdistán. En la Turquía kurda se habla el *kurmani*, y en la Anatolia turca también se habla el *zaza*; pero en la mesopotamia de Irak se habla el *sorani*; por su parte, los kurdos de Irán, además del *sorani* y el *kurmani*, también hablan diferentes dialectos en el sudeste del país³.

Con un sentimiento de identidad tan escasamente homogéneo, el intento llevado a cabo a partir del siglo XIX por las diferentes tribus kurdas de terminar con el dominio Otomano mediante periódicas insurrecciones armadas, tampoco favoreció la creación de un fuerte sentimiento nacional unitario. En estas condiciones, después de la Primera Guerra Mundial, y una vez desaparecido el Imperio Otomano, las tribus del Kurdistán no pudieron consolidar en el seno de la Sociedad de Naciones el apoyo de la comunidad internacional a la creación de su «hogar nacional»: surgía así la «cuestión kurda».

La «cuestión kurda» en la época de entreguerras

El problema del Kurdistán está enraizado en la desaparición del Imperio Otomano al finalizar la Primera Guerra Mundial. Así, en el Tratado de paz de Sèvres de 10 de agos-

¹ MARTORELL, M.: *Los kurdos. Historia de una resistencia*, Madrid, Espasa-Calpe, 1991, p. 9.

² SAMMALI, J.: *Ser kurdo, ¿es un delito? Retrato de un pueblo negado*, Tafalla, Txalaparta, 1999, p. 41.

³ Cfr. CHALIAND, G.: *Le malheur kurde*, Paris, Seuil, 1992, p. 38; y también SAMMALI, J., *Ser kurdo... op. cit.*, pp. 66-68.

to de 1920 impuesto al derrotado Imperio por los vencedores de la Gran Guerra se hacía mención (Sección III, Artículos 62-64) a la creación en el sureste de la actual Turquía, en un territorio poblado mayoritariamente por tribus kurdas, de un Estado nacional kurdo, así en el mencionado Artículo 64 se establecía lo siguiente:

«Si en el plazo de un año desde la entrada en vigor del presente Tratado, la población kurda, en las regiones señaladas en el Artículo 62, se dirige al Consejo de la Sociedad de Naciones demostrando que una mayoría de la población en estas regiones desea ser independiente de Turquía, y si el Consejo estima entonces que esta población es capaz de esta independencia, y si recomienda concedérsela, Turquía se compromete, a partir de este momento, a conformarse con esta recomendación y a renunciar a todos los derechos y títulos que afecten a estas regiones (...)».

Pero en una situación de vacío de poder en la Sublime Puerta, el Tratado fue contestado con las armas en la mano por el general Mustafa Kemal (conocido después como *Atatürk*: el «Padre de los turcos»), quien, convertido en el hombre fuerte del ejército y después de una campaña bélica contra griegos, armenios y franceses por el control de la península de Anatolia, logró que las potencias vencedoras de la Gran Guerra redactasen con las nuevas autoridades turcas dirigidas por el propio Kemal un nuevo Tratado de paz. En el Tratado de Lausanne de 24 de marzo de 1923 (que sustituía al ya mencionado de Sèvres de 1920), plenamente favorable a los intereses de la nueva Turquía de Kemal Atatürk, ya no se estipuló ninguna cláusula respecto a la creación de un Estado nacional kurdo, ni tampoco creó la Sociedad de Naciones un Mandato propio sobre el Kurdistán. De esta manera, los kurdos de Turquía, que en su momento apoyaron a Kemal Atatürk en la guerra de liberación ya descrita (y que también habían colaborado en 1915 con el ejército imperial en el llamado «genocidio» armenio) con la promesa de que formarían parte de un Estado islámico de turcos y kurdos, no lograron el reconocimiento de una posible autonomía en el seno de Turquía (ni en los restantes Estados de la región con una importante minoría kurda) y nunca fueron reconocidos como minoría étnica, ya que, según Kemal Atatürk, en el Estado turco instaurado después de la Primera Guerra Mundial sólo vivían turcos⁴ y no existía en su seno ninguna minoría: «No existen kurdos en Turquía» fue desde ese momento la doctrina oficial del Estado⁵. Lo mismo terminaría por suceder en Siria. En este país, «a la represión política contra los kurdos se une la deportación de éstos al desierto (...). En Siria, los millares

⁴ Según Kemal Atatürk, «todo aquel que diga que es turco, hable turco y viva en Turquía es turco». Cit. en KAPLAN, R. D., *Viaje a los confines de la tierra*, Barcelona, Flor del Viento Ediciones, 1996, p. 153. Sobre el nuevo Estado turco creado después de la Gran Guerra y su fundador, *vid.*, KINROSS, L., *Atatürk. El resurgir de una nación*, Barcelona, Grijalbo-Mondadori, 1972.

⁵ Cfr. SAMMALI, J.: *Ser kurdo...*, *op. cit.*, p. 29.

de kurdos son inexistentes»⁶. La situación descrita anteriormente, sólo comenzó a cambiar a mediados de los años setenta, cuando el régimen sirio dejó de reprimir social, cultural y políticamente a la población kurda.

Así, desde los años de entreguerras y hasta la actualidad, el territorio del Kurdistán —unos 500.000 Km².— y su población —alrededor de 25 millones, en su mayoría musulmanes sunnís— han estado divididos entre Turquía (aproximadamente el 50% de ambos), Irak e Irán (casi el otro 50%), en mucho menor grado, Siria, y en Armenia y Azerbaiyán (dos de las antiguas repúblicas caucásicas de la extinta Unión Soviética)⁷. Una división que, como relatan los viajeros ilustrados, no ha hecho perder a dicho territorio su carácter propio ni a su población su idiosincrasia particular:

«El Kurdistán era algo más real que muchas de las otras naciones-estado reconocidas oficialmente por la comunidad internacional. Contrariamente a muchos países en el mundo Africano y árabe, Kurdistán es coherente con su geografía y su demografía. El kurdo es una lengua indo-europea más que turca. La piel de los kurdos es, frecuentemente, más oscura que la de los turcos. Las facciones de los kurdos son arias mientras que la de los turcos tienden a ser asiáticas. Los kurdos visten también el *kaffiyek* árabe pero es de un estilo distinto. Sanliurfa y Diyarbakir, ambas ciudades kurdas, tienen un aspecto radicalmente distinto de otras ciudades de Turquía»⁸.

Para consolidar su proyecto nacional, Kemal Atatürk puso en marcha en 1924 programas de unificación forzosa en el marco de un Estado centralizado sin reconocimiento de ninguna minoría étnica. Este nuevo intento de asimilación y aculturación llevado al extremo desencadenó toda una serie de revueltas e insurrecciones protagonizadas por la minoría kurda en los años 1925, 1930 y 1936-1938, que recordaban los levantamientos del siglo XIX, y fueron combatidas por el ejército turco (que en ocasiones contó con el apoyo de otros ejércitos, como el iraní en los enfrentamientos de 1930) con campañas militares en toda regla. En agosto de 1927 comenzó a actuar una «Liga Nacional Kurda» (*Hoyban* —«Independencia»—), cuyo objetivo fundamental era la creación de un gran movimiento nacional del Kurdistán. Una década más tarde, el 8 de julio de 1937, Turquía, Irak e Irán llegaban a un acuerdo de colaboración para actuar contra el movimiento nacionalista kurdo. A las acciones punitivas de carácter militar siguieron siempre las consiguientes medidas represivas, incluidas la deportaciones en masa de la población (como la decretada en 1932) lejos de las montañas del

⁶ *Ibidem*, p. 105.

⁷ Sobre lo anterior, *vid.*, BESIKÇI, I.: *Kurdistán, una colonia internacional*, Madrid, IEPALA, 1992.

⁸ KAPLAN, R. D.: *Viaje...*, *op. cit.*, p. 169. Cfr. SCHUMANN, G.: *Mujeres en Kurdistán*, Hondarribia, Argitaletxe HIRU, 1998, pp. 131-133. Una aproximación en clave literaria en Barakat, Salim, *Las plumas. Viaje sentimental al Kurdistán*, Madrid, Libertarias, 1992.

Kurdistán, en especial a las regiones de la Anatolia central; después de la campaña de 1936-1938 el Kurdistán turco fue declarado territorio bajo exclusiva supervisión militar, situación que continuó durante las tres décadas siguientes. Así es como «millones de personas fueron deportadas y otras muchas abandonaron Kurdistán, impelidas a ello por la miseria y la guerra. Muchos siguen abandonando esta zona para instalarse en las grandes metrópolis turcas: Ankara, Izmir, Konya, Estambul. Un viaje sin cruzar fronteras, con destino a un país desconocido, lleno de pasaportes en manos de exiliados. Normalmente no conocen el idioma del país al que llegan o sólo unas pocas y torpes palabras. Considerados ciudadanos de segunda categoría, se les abandona en su nuevo medio, obligándoles a olvidar su origen si quieren pasar a ser ciudadanos de primera categoría. No hay ningún dato que diga cuántos kurdos han sido víctimas de la política de asimilación dirigida por el gobierno turco. Sin embargo, en las grandes ciudades, se asientan sólida aunque invisiblemente colonias de kurdos que mantienen sus propias estructuras»⁹.

Después de la Primera Guerra Mundial, la región de Mosul, poblada mayoritariamente por kurdos y que contaba con grandes reservas de petróleo, fue incorporada al nuevo Estado mesopotámico de Irak, auspiciado por el Reino Unido, potencia que había ejercido el control del Creciente Fértil en función de las disposiciones de los Mandatos Coloniales refrendados por la Sociedad de Naciones. En este caso, tampoco prosperaron las pretensiones de la población kurda de reconocimiento de sus derechos al autogobierno con anterioridad a la creación en 1921 del nuevo marco estatal iraquí. De hecho, al poco de terminar la Gran Guerra comenzaron las hostilidades de las tribus kurdas contra los impulsores del Estado iraquí y sus aliados británicos, y en 1919-1920 una insurrección generalizada kurda sólo pudo ser sofocada gracias al apoyo de las Fuerzas Aéreas británicas. Así las cosas, cuando los pueblos englobados dentro del Estado iraquí fueron convocados el 23 de agosto de 1921 a ratificar la creación del Reino de Irak, las tribus kurdas no participaron en el referendo. Sin embargo, la oposición kurda al nuevo Estado iraquí no pudo impedir que la Sociedad de Naciones adscribiera definitivamente en 1925 el territorio de Mosul a dicho Estado, resolución que un año después fue respaldada por los gobiernos de Turquía, Gran Bretaña e Irak¹⁰. A partir de ese momento, como ya ocurriera en Turquía y también en Irán, las revueltas e insurrecciones kurdas continuaron sucediéndose en el territorio de Irak, destacando las de 1922-1923, 1931 y 1933. Todas estas revueltas fueron sofocadas gracias también a la ayuda militar británica. En la de 1922-1923, el caudillo kurdo Cheikh Mahmud llegó a proclamarse incluso «Rey del Kurdistán» y buscó la colaboración para su proyecto del

⁹ SCHUMANN, G.: *Mujeres...*, op. cit., pp. 108-109.

¹⁰ Cfr. MARTORELL, M.: *Los kurdos...*, op. cit., p. 51.

jefe kurdo de Irán, Simko, quien también se había levantado en armas contra el Estado iraní. En Irak, las escaramuzas de 1931 fueron planificadas por Cheikh y por Barzani, siendo este último el responsable de la revuelta de 1933. Los levantamientos guerrilleros volvieron a producirse durante los años de la Segunda Guerra Mundial.

La «cuestión kurda» después de la Segunda Guerra Mundial

El final de la Segunda Guerra Mundial no alteró la situación del Kurdistán, en donde después de las prácticas de asimilación forzosa, la represión generalizada y las campañas bélicas a gran escala llevadas a cabo desde los años de entreguerras por las autoridades turcas, iraquíes e iraníes contra las tribus kurdas habían logrado paralizar todo tipo de revueltas y conatos de oposición contra el poder constituido. Sin embargo, en la inmediata posguerra, y en función de las estrategias geopolíticas impuestas por la grandes potencias, en este caso por la Unión Soviética, el 13 de enero de 1946 se fundó en el noroeste del Kurdistán iraní la denominada «República Kurda de Mahabad» con Qazi Mohammad al frente de la misma; pero al retirarle la URSS su respaldo estratégico en función de un acuerdo con el petróleo como telón de fondo firmado con Irán y en un ambiente que anunciaba la llegada de la Guerra Fría, este intento de Estado-nación kurdo se descompuso un mes antes de expirar su primer año de vigencia¹¹. Como máximo responsable del efímero Estado kurdo en territorio iraní, «Mohammad fue condenado a muerte, bajo las acusaciones de “instigador de revueltas” y “alta traición”. Al amanecer del 1 de abril de 1947, fueron ahorcados todos los representantes políticos que a lo largo de todo Kurdistán habían celebrado la constitución de la República de Mahabad. Las peticiones de clemencia fueron rechazadas por el Sha [de Irán]. Todo aquello que tuviese que ver con Mahabad debía desaparecer, incluso el recuerdo»¹².

Pero el paso del tiempo volvió a desatar la inestabilidad en el Medio y Próximo Oriente, lo cual terminó afectando a toda la región del Kurdistán. Uno de los países que sufrió mayores convulsiones fue Irak. En 1958 un golpe de Estado derrocaba la monarquía e instauraba una república con la promesa de institucionalizar la igualdad constitucional de los pueblos árabe y kurdo, pero tres años más tarde el nuevo régimen incumplía sus promesas y lanzaba una campaña contra los kurdos que eran acusados de «separatistas y traidores a la patria común», prohibiéndose al mismo tiempo toda manifestación cultural con el cierre de todas las publicaciones en lengua kurda. Contra

¹¹ Sobre lo anterior, *vid.*, *Ibidem*, en especial, el capítulo titulado: «La República de Mahabad: el precio de un mundo dividido en bloques», pp. 87-94.

¹² SCHUMANN, G.: *Mujeres...*, *op. cit.*, pp. 155-156.

esta actuación gubernamental, la respuesta de los kurdos iraquíes fue lanzar una revuelta encabezada por Mustafa Barzani que no logró desestabilizar el régimen fracasando, por tanto, en sus objetivos de lograr la igualdad nacional de los pueblos y el autogobierno para los kurdos. En esta situación de inestabilidad permanente, el 8 de febrero de 1963 un nuevo golpe de Estado, impulsado en esta ocasión por el partido *Baaz* (un movimiento político de tipo socialista panárabe, como en Siria), triunfaba en Irak. Con todo el poder en sus manos, en junio de 1963 las nuevas autoridades del país lanzaban una campaña militar contra la guerrilla de insurrectos kurdos en la cual colaboró el ejército sirio, ya que en este país también el partido *Baaz* se había hecho con el poder después del golpe de Estado de marzo de 1963.

La situación anteriormente descrita de crisis política crónica que sufría Irak se iba a mantener durante toda la década de los años sesenta. Así, el 18 de noviembre de 1963 un golpe de Estado dirigido por el general Aref derrocaba el régimen *baazista* y anunciaba una tregua con la guerrilla kurda y el comienzo de negociaciones para alcanzar un gran acuerdo nacional. Pero este proceso volvía a paralizarse cuando el 17 de julio de 1968 el partido *Baaz* se hizo de nuevo con el poder y lanzaba al ejército contra la guerrilla kurda. Con el control de la situación en manos de los *baazistas*, el 11 de marzo de 1970 el Estado iraquí llegaba a un acuerdo con la guerrilla kurda para el establecimiento de una futura autonomía. Cuando después de años de negociaciones, en una situación «ni de guerra ni de paz», a principios de la primavera de 1974 debía ser promulgada la ley sobre la «Autonomía kurda», en abril de ese mismo año el ejército iraquí lanzaba una campaña bélica a gran escala que un año más tarde lograba dejar fuera de combate a la guerrilla kurda, obligando al mismo tiempo a sus principales dirigentes a refugiarse en el Kurdistán iraní¹³. A finales de la década de los ochenta, y una vez terminada la guerra contra Irán, el régimen iraquí con Saddam Hussein al frente, pretendió terminar con las insurrecciones kurdas mediante la represión generalizada, la «limpieza étnica» con la salida forzosa de la población y, finalmente, con el radical procedimiento de «tierra quemada» del territorio del Kurdistán. Según un balance presentado por el denominado «frente del Kurdistán Iraquí» (creado en 1987), de un total de 5.086 pueblos y aldeas con que contaba el Kurdistán iraquí en 1975, a finales de los años ochenta unas 3.500 localidades había sido destruidas con motivo de la campaña de «tierra quemada» llevada a cabo por el ejército de Irak bajo las órdenes de S. Hussein.

Pocos años después de estos dramáticos acontecimientos, coincidiendo con el final de la segunda guerra del Golfo (que terminó con las pretensiones expansionistas de S. Hussein en el Próximo Oriente al tener que abandonar Kuwait), en marzo de 1991 la

¹³ Sobre la frustrada autonomía kurda en Irak, *vid.*, MARTORELL, M.: *Los kurdos...*, *op. cit.*, pp. 126-131.

guerrilla kurda se levantó en armas contra el régimen de Bagdad, pero la actuación de las unidades militares de élites fieles al dictador iraquí logró sofocar esta nueva insurrección, que produjo el éxodo de más de dos millones de personas fuera del país para refugiarse finalmente en Irán y Turquía. Con motivo de todo lo sucedido, el 5 de abril el Consejo de Seguridad de la ONU aprobaba la Resolución 688 de condena al régimen de Irak por su actuación contra la población civil del Kurdistan en oposición a los Derechos Humanos. En esta época comenzaron de nuevo las negociaciones entre el gobierno de S. Hussein y el Frente Kurdo para la concesión del «estatus de autonomía» para el Kurdistan iraquí, pero en noviembre de ese mismo año los contactos se interrumpieron con motivo de la actuación del ejército por tierra y aire contra insurrectos kurdos, con las consecuencias conocidas de muerte, destrucción y éxodo masivo de la población, estimado en esta ocasión en un cuarto de millón de personas.

No menos traumática fue la evolución de la «cuestión kurda» en Irán. Una vez derrocada en 1979 la monarquía del Sha Reza Pahlevi e instaurado en su lugar el régimen teocrático islámico de los *Ayatolás*, en agosto de 1979 el *Ayatolá* Jomeini, el máximo dirigente de la nueva República Islámica, continuando con su persecución contra todos los posibles enemigos de su causa, acusados automáticamente de «contrarrevolucionarios islámicos» o de «ateos y extranjerizantes», declaró la «Guerra Santa» contra los kurdos de Irán. Así comenzó la represión de sus ideas y costumbres, las deportaciones en masa de la población, y la persecución y ejecuciones indiscriminadas de los «colaboracionistas» de la guerrilla y de sus principales dirigentes por parte de los Guardias de la Revolución. Con motivo de la guerra entre Irán e Irak iniciada en 1980, los kurdos iraníes intentaron consolidar en su región una especie de autogobierno fuera del control del régimen clerical chiíta de Teherán, pero paulatinamente los Guardias de la Revolución terminaron por hacerse con el control de la zona que, como había ocurrido en Turquía, fue puesta bajo autoridad militar: «Y después llegó la paz, la paz de los cementerios, la paz de la ley islámica, de la sangrienta dictadura fundamentalista del *Ayatolá* Jomeini»¹⁴.

Desde los años setenta, el resurgir del sentimiento nacionalista kurdo acompañado de acciones armadas de la guerrilla representó un grave problema para Turquía. En este país la situación adquirió una nueva dimensión después de las acciones emprendidas en 1984 por el «Partido de los Trabajadores Kurdos» (PKK) —marxista-leninista— (fundado a mediados de la década anterior), mediante la actuación de su guerrilla armada con el apoyo del denominado «Frente de Liberación Nacional del Kurdistan» (ERNK), brazo político del anterior¹⁵. A partir de este momento, la lucha armada del

¹⁴ *Ibidem*, p. 106.

¹⁵ El PKK, además de otros inspiradores, contó hasta finales de la década de los noventa con el apoyo de Siria, momento en el cual el régimen sirio expulsó en 1998 de su territorio al dirigente comunista kurdo Öcalan, quien

PKK fue contestada sin descanso por el ejército turco, tarea en la cual contó con la colaboración puntual de terceros países de la zona, en especial del gobierno iraquí, a la hora de hostigar a las partidas guerrilleras en la zona fronteriza común. Esta situación de guerra sin cuartel contra la guerrilla en el Kurdistán turco conoció nuevos episodios en los primeros años de la década siguiente. Así, desde 10 de mayo de 1990, el gobierno de Ankara reforzó el control militar de la región con leyes más severas y poderes especiales a los gobernadores de las provincias del sureste (de población mayoritariamente kurda) en la lucha contra la guerrilla separatista de los comunistas kurdos, la cual alcanzó su momento más virulento a mediados de los años noventa.

Como contrapunto a la actuación bélica contra la guerrilla comunista kurda, a comienzos de la década de los noventa las autoridades turcas aflojaron el control socio-cultural impuesto desde la época kemalista a la minoría kurda con el reconocimiento oficial de su existencia (unos doce millones de kurdos vivían en Turquía, aproximadamente el 20% de la población total del país), asunto al que se refirió el propio Presidente Turgut Ozal, y despenalizando el uso público de su propia lengua¹⁶. Pero Ankara siguió rechazando otras reivindicaciones de carácter étnico o político como el reconocimiento de un estatuto especial de autonomía para el Kurdistán turco.

A modo de conclusión provisional

Después de ocho décadas la llamada «cuestión kurda» sigue siendo un foco de conflictividad e inestabilidad en el Medio y Próximo Oriente al afectar a los intereses nacionales y estratégicos de importantes Estados de la región, empezando por Turquía, Irak e Irán. Pero también la «cuestión kurda» sigue siendo motivo de sufrimiento para la población civil del Kurdistán, privada secularmente de los más elementales derechos de la persona, castigada por prácticas terroristas de guerrilla salidas de su propio seno desde los momentos aurales del siglo XIX hasta los años de la Guerra Fría y alimentadas al calor de irredentismos ancestrales o utopías revolucionarias socialcomunistas, y hostigada sin descanso en nombre de la Seguridad del Estado por los aparatos policiales y militares gubernamentales hasta el punto de ser condenada a la eliminación física o al destierro por los procedimientos criminales de la «tierra quemada» o de la «limpieza étnica». Fue en 1987 cuando por primera vez el Departamento de Estado de los Estados Unidos en un informe sobre la situación de los Derechos Humanos en el

finalmente fue detenido poco tiempo después por miembros de la Seguridad de Estado turco. Cfr. a este respecto, KAPLAN, R. D.: *Rumbo a Tartaria. Un viaje a los Balcanes, Oriente Próximo y el Cáucaso*, Barcelona, Ediciones B., 2001, pp. 128-131 y 253.

¹⁶ Cfr. SAMMALI, J.: *Ser kurdo...* op. cit., pp. 181-185.

mundo mencionó la situación de la minoría kurda en Turquía; al mismo tiempo, en una resolución de abril de 1987, el Parlamento Europeo condenaba la muerte bajo tortura de jóvenes kurdos en Irak.

Si parece descartado que la comunidad internacional pueda avalar la creación de un Estado independiente del Kurdistán, sí parece deseable y justo que la población kurda que vive en los Estados del Medio y Próximo Oriente, por ejemplo, en Turquía, Irán e Irak, pueda contar con todos sus derechos fundamentales¹⁷, en función de lo establecido en la Declaración Universal de los Derechos Humanos, e incluso con sistemas especiales de autonomía sin que ello ponga en peligro la integridad nacional de los mencionados Estados, ni altere el equilibrio geopolítico y estratégico de la zona en cuestión.

¹⁷ Cfr. BELMONTE DE RUEDA, E. y MARTORELL, M.: «El Kurdistán frente a la geopolítica: un nacionalismo imposible en Oriente Próximo», en AGUIRRE, M. (ed.): *Raíces de los conflictos armados*, —Anuario del CIP, 1995-1996—, Barcelona, Icaria, 1996, pp. 183-184.

